El perro que no sabía ladrar

Había una vez un perro que no sabía ladrar. No ladraba, no mugía como las vacas, no relinchaba como los caballos, no sabía decir nada. Era un perrito solitario. No sabía cómo había caído en una región sin perros. Por él no se habría dado cuenta de que le faltara algo. Los otros eran los que se lo hacían notar. Le decían: -¿Pero tú no ladras? - No sé... soy forastero... -Vaya una contestación. ¿No sabes que los perros ladran? - ¿Para qué? -Ladran porque son perros. Ladran a los vagabundos de paso, a los gatos, a la luna llena,... -No digo que no, pero yo... -Pero tú, ¿qué? Tú eres un fenómeno, oye lo que te digo: un día de estos saldrás en el periódico. El perro no sabía contestar a estas críticas. No sabía ladrar y no sabía qué hacer para aprender. - Haz como yo – le dijo una vez un gallito que sentía pena por él. Y lanzó dos o tres sonoros kikirikí. - Me parece difícil – dijo el perrito. - ¡Qué va, es facilísimo! Escucha bien y fíjate en mi pico. Vamos, mírame y procura imitarme.

El gallito lanzó otro kikirikí. El perro intentó hacer lo mismo, pero sólo le salió de la boca un desmañado “keke” que hizo salir huyendo aterrorizadas a las gallinas. No te preocupes- dijo el gallito-, para ser la primera vez está muy bien. Vuelve a intentarlo. Lo intentaba todos los días. Practicaba a escondidas, desde la mañana hasta por la noche. A veces para hacerlo con más libertad, se iba al bosque.

Una mañana, precisamente cuando estaba en el bosque, consiguió dar un kikirikí tan auténtico, tan bonito y tan fuerte que la zorra lo oyó y se dijo: “Por fin el gallo ha venido a mi encuentro. Correré a darle las gracias por su visita...” E inmediatamente se echó a

correr, sin olvidar llevarse el tenedor, el cuchillo y la servilleta porque para una zorra no hay comida más apetitosa que un buen gallo....

-¡Ah! – dijo la zorra - ¡Con que esas tenemos! Me has tendido una trampa. -¿Una trampa? -Desde luego. Me has hecho creer que había un gallo perdido en el bosque y te has escondido para atraparme... -Te aseguro que yo... Verás, no pensaba en absoluto en cazar. Vine para hacer ejercicios. -¿Ejercicios? ¿De qué clase? -Me ejército para aprender a ladrar. Ya casi he aprendido mira qué bien lo hago. Y de nuevo un sonoro kikirikí. La zorra creía que iba a reventar de risa. Se revolcaba por el suelo, se apretaba la barriga, se mordía los bigotes y la cola. Nuestro perrito se sintió tan mortificado que se marchó en silencio, con el hocico bajo y lágrimas en los ojos... Justamente en aquellos días se levantó la veda. Llegaron al bosque muchos cazadores, también de esos que disparan a todo lo que oyen y ven. Dispararían a un ruiseñor. Sí que lo harían. Un cazador de esos, oyó salir de un matorral -cucú... cucú (que en realidad era el perro practicando otro sonido), apunta el fusil y -¡Bang! ¿bang! – dispara dos tiros. Por suerte los perdigones no alcanzaron al perro... Mientras tanto el cazador buscaba al pájaro. Estaba convencido de que lo había matado. -Debe habérselo llevado ese perrucho, ¡de dónde habrá salido! – refunfuñaba. Y para desahogar su rabia disparó contra un ratoncillo que había sacado la cabeza fuera de su madriguera, pero no le dio. El perro corría y corría. De repente se detuvo. Había oído un sonido extraño -¡guau, guau! Guau guau. Esto me suena - pensó el perro -; sin embargo, no consigo acordarme de cuál es la clase de animal que lo hace.

-Guau, guau.... Vaya, otro perro. Sabes, era el perro de aquel cazador que había disparado poco antes cuando oyó el cucú. - Hola perro. - Hola perro. - ¿Sabrías explicarme lo que estás diciendo? - ¿Diciendo? Para tu conocimiento yo no digo, yo ladro. - ¿Ladras? ¿Sabes ladrar? Naturalmente. No pretenderás que barrite como un elefante o que ruja como un león. -Entonces, ¿me enseñarás? -¿No sabes ladrar? -No. -Mira y escucha bien. Se hace así: guau, guau... -Guau, guau _ dijo en seguida nuestro perrito. Y, conmovido y feliz, pensaba para sus adentros: “Al fin encontré el maestro adecuado”.

Gianni Rodari.